

El posible quehacer universitario ante la crisis axiológica fruto del advenimiento de las sociedades de conocimiento

Ildefonso Navarro

“Hay que hacer posible el cultivo de la dimensión absoluta de la realidad, recuperando toda la riqueza del pasado, sin que eso tenga que suponer hacernos hombres creyentes y religiosos. Tenemos que aprender a heredar toda esa riqueza, que es el legado de sabiduría de toda la humanidad, pero sin los moldes de creencias en que vino vertida.

Esta actitud no es una banalidad ni una inidelidad. No tenemos otra posibilidad; y en las circunstancias en que nos ha tocado vivir, esa es la única idelidad viable. Para esta tarea, el papel de las universidades es central, pero está por hacer.”

Marià Corbí

Con estas líneas buscamos compartir nuestras relexiones en las que ocupan un lugar central dos cosas que para nosotros resultan tan importantes como inseparables: nuestro trabajo universitario y el advenimiento de las sociedades de conocimiento.

Deseamos que sea el inicio de un esfuerzo que logre involucrar, en la medida de sus posibilidades, a todos y cada uno de los miembros de nuestra comunidad universitaria y a otros fuera de ella.

La situación actual

Resulta importante señalar que en el presente trabajo compartimos de entrada el planteamiento propuesto por M. Corbí sobre la situación actual que vivimos como humanidad y que sirvió como título al 8º. Encuentro Internacional CETR en octubre del 2012: *La crisis axiológica raíz de todas las crisis que sufre nuestro mundo. Cómo manejarnos en ella*. Estamos de acuerdo en que el cambio en nuestra manera de vivir originado en la primera industrialización y que ha avanzado y sigue avanzando sin aparentemente ninguna posibilidad de vuelta atrás, afectando a todas las sociedades del planeta de una forma u otra, ha dado inicio a lo que bien se puede considerar la más grande crisis vivida por la humanidad a cuya base se encuentra, como acertadamente lo señala Corbí, una profunda crisis axiológica: *“La crisis axiológica que estamos atravesando es la más grave que ha sufrido la humanidad en su larga historia. ¿En qué se fundamenta esta afirmación? En que tenemos que realizar un tránsito que jamás ocurrió en el pasado: pasar de programarse para no cambiar y bloquear todo posible cambio de importancia y toda posible alternativa, a tener que programarse para fomentar, mantener y motivar el cambio constante. Y continúa: Tenemos un grave problema con lo axiológico en general, y no tenemos ningún saber sobre cómo manejarnos convenientemente en ese asunto tan central y básico para unos seres necesitados como nosotros, que precisan ser orientados para poder vivir”*. (Corbí, M. 2012).

Algunas observaciones

Somos conscientes que nuestras sociedades latinoamericanas y en particular nuestra sociedad mexicana padece problemas de todo tipo: pobreza extrema en gran parte de la población del país; falla en el funcionamiento de las instituciones de impartición de justicia y en las instituciones políticas; una violencia desatada, con manifestaciones de crueldad que superan la imaginación etc. Esta situación pudieran hacernos sentir que prestarle atención a una problemática como lo es el arribo de las sociedades de conocimiento y el desmantelamiento axiológico que esto trae consigo, es una manera de evadir nuestra realidad e importar problemas que, al menos

por el momento, nos pueden resultar más bien ajenos. Tal es la reacción de muchos cuando se abordan dichos planteamientos. A esto se pueden sumar posiciones que señalan y reclaman planteamientos americanos a los problemas de América facilitando la visión de que pensar y relexionar sobre el avance de la industrialización y el establecimiento de las sociedades de conocimiento, resulte una problemática ajena, típicamente europea y, por tanto, como un planteamiento de tipo neo-colonialista dada nuestra situación.

Algunos plantean que “nosotros tenemos valores, como el sentido de comunidad de nuestros pueblos originarios, que se han perdido en Europa, y que son señal clara de que plantearnos la problemática de las llamadas sociedades de conocimiento, en este momento, resulta poco realista y hasta una manera de importar problemas que no nos atañen”, como señalaba alguien de nuestra comunidad universitaria y hacían eco de ello algunos más.

Hay quienes incluso desestiman el planteamiento de la obra de Corbí, y las consecuencias que de ella se derivan, por considerarla desprovista de sustento teórico sólido. En concreto señalan que la mayoría de sus libros no ofrecen el respaldo bibliográfico necesario. Aquí debemos aclarar que quienes hacen estos señalamientos aceptan desconocer el estudio realizado en la obra *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas*. (Corbí, M. 1983).

Estamos seguros de que observaciones como las anteriores, sobre todo las relacionadas con la situación propiamente latinoamericana, son del todo entendibles y no dejan de tener razón; sin embargo, también es cierto que constatamos día con día en nuestra vida cotidiana, y sobre todo en nuestro trabajo universitario, el avance continuo e irreversible de una nueva forma de vivir que parece establecerse sin que nada ni nadie pueda evitarlo y que, al parecer, no tiene marcha atrás: un continuo avance en el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico que afecta todos los ámbitos de nuestra vida. Consideramos y creemos que lo aparatoso, real y urgente de los otros problemas mencionados y otros sin mencionar, no hacen a éste

menos importante y menos digno de atención; tal vez, incluso, lo hagan aún más pertinente y relevante.

Resulta obvio que la manera de plantearlo ha de tener en cuenta nuestro muy particular contexto, el latino-americano en este caso, y más concretamente el mexicano; y eso es lo que buscamos hacer. Consideramos que el hecho de que nuestros pueblos sigan siendo notablemente religiosos y posean valores ancestrales, no los hacen inmunes a la nueva situación, antes al contrario, pueden ponerlos incluso en una situación de mayor vulnerabilidad, lo cual haría relevante todo esfuerzo por abordar desde ahora esta problemática.

El papel de las universidades

En este marco de crisis axiológica global en el que nos ubicamos, nos preguntamos cuál podría ser el papel de las universidades y de qué manera podríamos comenzar a implementarlo en nuestra institución.

Corbí, en el mismo artículo publicado en el 2006 aborda este punto. En éste, después de presentar algunos elementos antropológicos, contextualizar la situación actual y señalar la urgente necesidad del cultivo de la cualidad humana (CH) y de la cualidad humana profunda (CHP), cosa que antes la religión permitía hacer, y de cómo las ideologías sustituyen parcialmente a la religión en la tarea de proporcionar motivaciones, plantea como tarea importante el desarrollo de la CH y CHP para quienes sean los constructores de la axiología que necesitamos para poder orientar el desarrollo del conocimiento científico y tecnológico y señala que *“para esta tarea, el papel de las universidades es central, pero está por hacer”* (p.19).

Es aquí donde personal académico del Área de Reflexión Universitaria, instancia de la Universidad Iberoamericana Puebla, con la tarea de ser para los estudiantes un espacio, como su nombre lo señala, donde se reflexione sobre la situación actual que vivimos tanto a nivel global como local y desde los ámbitos propios de cada disciplina académica, busca plantearse con seriedad y rigor académico la tarea de pensar cómo la universidad

puede y debe llevar a cabo este trabajo que se considera crucial: el cultivo y desarrollo de la CH y la CHP.

Esta preocupación se ha tomado con más empeño después de casi un año de lectura y discusión de las ideas y propuesta que encontramos en la obra de M. Corbí y que abordamos con la invaluable ayuda de José Amando Robles quien accedió a acompañarnos en este primer acercamiento.

Fue a partir de este momento como comenzamos a preguntarnos sobre cuál debería ser nuestra labor como instancia universitaria y como institución, planteándonos preguntas como: ¿qué nos toca hacer ahora? ¿Por dónde comenzar ahora que tomamos conciencia de que no podemos continuar igual? El punto de inicio de nuestra relexión y búsqueda de posibles respuestas lo hemos establecido desde nuestras características muy particulares de ser universidad, es decir, de ser una obra educativa que no es independiente ni tiene su razón de ser en sí misma, sino que pertenece a un proyecto educativo a nivel superior mucho más amplio que es el proyecto educativo de la Compañía de Jesús.

Es posible que este punto de partida como éste pueda verse, ya de entrada, como una seria limitación por el aparente carácter confesional que este pueda implicar; sin embargo, esto mismo que en principio parece imponer serios obstáculos, y algunos aparentemente insalvables, pudiera derivar en algo positivamente a favor.

A partir de la década de 1970 con la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús, la misión de ésta se vio reorientada a partir de lo que se formuló como “El servicio de la fe y la promoción de la justicia”. Fue en la década de 1980 cuando institucionalmente se abordó la labor educativa de la Orden desde esta perspectiva con el documento *Características de la educación de la Compañía de Jesús* cuyas aportaciones se han visto enriquecidas por una abundante relexión desde entonces.

Este trabajo ha favorecido que desde 1990, a partir de la aparición del documento *Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico*, se haya difundido el término pedagogía ignaciana (PI) para referirse a la manera

particular que tienen las instituciones educativas de la Orden de llevar a cabo su labor, sobre todo las instituciones de educación básica y media.

Ha sido hasta hace muy pocos años que se ha comenzado a pensar sobre la posibilidad en que esta misma forma de trabajo educativo pueda ser desarrollada explícitamente y de una manera institucional en centros de educación superior como lo son nuestras universidades e institutos. En este esfuerzo, La Asociación de Universidades Jesuitas en América Latina (AUSJAL) ha dedicado el número 37 de su revista *Cartas de AUSJAL*. (Cartas de AUSJAL. 2012) a este tema.; y en uno de los últimos documentos oficiales de la Orden relacionado con las universidades, se plantea las siguientes preguntas de reflexión: ¿Se promueve y utiliza la pedagogía ignaciana en nuestras clases y programas? ¿Podríamos mejorar nuestra pedagogía si prestáramos mayor atención a ella? (*La Promoción de la justicia en las Universidades de la Compañía*. Secretariado para la justicia social y la ecología. Roma 2014, p. 16).

En uno de los artículos de la revista de AUSJAL escrito por Esteban Ocampo titulado: *¿Qué hace la Pedagogía Ignaciana en la Educación Superior?*, afirma que: “Una de las exigencias de calidad de las Universidades en el mundo actual es la de clarificar su propuesta pedagógica” (Pág. 9). Esto nos ha hecho caer en la cuenta de que nuestra universidad maneja un discurso relacionado con un modelo educativo determinado que se suele llamar Modelo Educativo Ignaciano y que hace clara referencia a la implementación de la llamada PI: “*Arraigados en el modelo educativo ignaciano, ser una Universidad de referencia por su calidad formativa, de investigación y articulación social, especialmente del Sur de México, con base en su pensamiento crítico, en sus propuestas formativas innovadoras y en la pertinencia de sus programas y proyectos, desde el paradigma de una globalización incluyente y solidaria.*” (Misión. Visión. Filosofía. Iberopuebla.mx), lo cual parece ubicarnos de nuevo en el tema de la pedagogía.

Hablando en concreto de las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús el mismo Ocampo también señala: “*La universidad, ahora más que nunca, por las demandas que le hace la sociedad del conocimiento, responde a la necesidad de hacer más profesional y científica su formación, para lo cual debe*

redefinir sus prácticas pedagógicas, didácticas, curriculares y evaluativas". Y enseguida afirma: "Es en este contexto que la pedagogía propia de la educación de la Compañía de Jesús hace su aporte más significativo..." Sin embargo, este "aporte significativo" de la PI creemos que necesita verse respaldado por la evidencia de su implementación en nuestras instituciones mediante estudios que la corroboren; lamentablemente todavía no contamos con tal evidencia documental que respalde la afirmación de Ocampo. La pregunta formulada por Carlos Vásquez S.J. "¿Qué sucede en el aula de clase?" (FLACSI. 2014). parece seguir esperando ser respondida.

Lo escrito por Ocampo resulta pertinente porque, si bien encontramos escasos estudios sobre la implementación de la PI (dos estudios recientes y sin publicar realizados en nuestra universidad), consideramos que podría estar señalando un recurso de importancia que haría pertinente preguntarnos si la PI, algo con lo que contamos como universidad jesuita, puede ayudar al desarrollo de la cualidad humana (CH) y de la cualidad humana profunda (CHP) en nuestros estudiantes en vista a la formación de personas capaces de responder a la crisis axiológica que comenzamos a vivir.

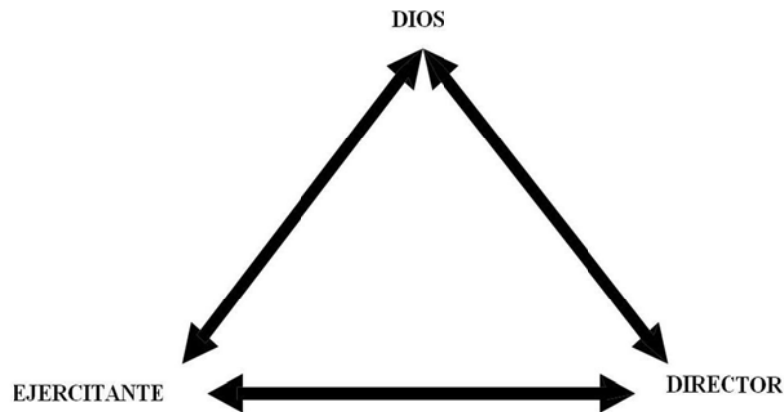
También es cierto que se pone especial énfasis en el compromiso de las instituciones de educación superior (universidades e institutos) en el aspecto social enfatizando la promoción de la justicia desde las mismas (Promotio Iustitiae. 2014). Aunque en nuestras instituciones educativas se insiste mucho en formar profesionistas con un marcado compromiso social en la línea de la justicia, transparencia, igualdad etc., en un estudio realizado en 1993¹ y replicado en 1996² se muestra que a nivel de ejercicio profesional no existe diferencia significativa entre egresados de dos de nuestras universidades y otras instituciones del mismo nivel tanto públicas como privadas.

1 Muñoz Izquierdo C.: *Formación universitaria, ejercicio profesional y compromiso social*. Universidad Iberoamericana, México. 1993

2 Diosdado T. Bertha.: *El papel de la educación superior en la formación de las actitudes y valores de los egresados*. Tesis inédita de maestría. Universidad Iberoamericana. Puebla, México.,

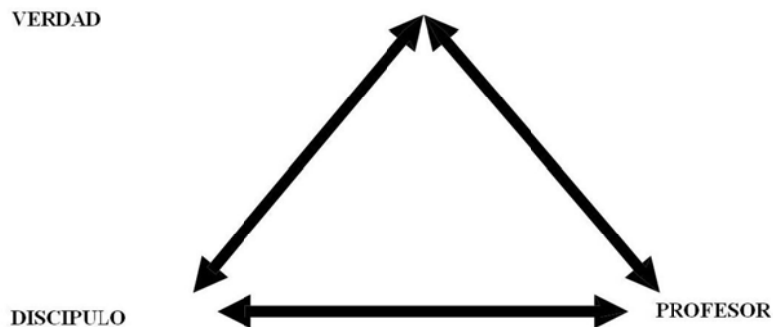
La Pedagogía Ignaciana ¿una forma de abordar nuestra situación?

En casi todos los documentos oficiales de la Orden relacionados con el tema educativo, se destaca que la base de este modelo se encuentra en la experiencia espiritual de Ignacio de Loyola plasmada en *Los Ejercicios Espirituales*. En dicho proceso se enfatiza la interacción de tres elementos, por llamarlos así: El Ejercitante (la persona que realiza los ejercicios); Dios (aquella realidad con la que el ejercitante busca tener una experiencia o encuentro directo y significativo); y el Director o guía (persona que ayuda al ejercitante en este proceso). El documento lo esquematiza así:



Según este esquema la labor del Director consiste en ayudar al Ejercitante a tener una experiencia directa y personal con Dios proponiéndole un método que la facilite y estando enterado si el ejercitante realiza las actividades propuestas, el modo como las lleva a cabo y lo que esta actividad suscita en él, sea favoreciendo conseguir lo que se busca, sea obstaculizando; en vista a mantener y favorecer lo primero y hacer lo necesario para superar lo segundo.

Este esquema resulta relevante para nosotros porque en el mismo documento *Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico*, lo traslada a la labor educativa de la siguiente forma:



En ambos esquemas se mantienen los nombres que aparecen en el documento original.

En este segundo esquema la labor del profesor resultaría ser la de facilitar la relación o encuentro del estudiante con la verdad a través de la continua construcción del conocimiento en las diferentes disciplinas; la del discípulo (alumno) sería la de interactuar con el conocimiento en el proceso de construcción del mismo, siendo consciente, con la ayuda del profesor o en el trabajo de ambos, de los diversos movimientos internos que este proceso suscite en su persona.

Se puede decir que el primer esquema se ve alterado de una manera importante. Esto nos enfrenta a una seria dificultad: en las nuevas sociedades de conocimiento en las que, como señala Corbí en varias de sus obras, se vive de la creación de conocimiento y de la constante innovación, resultaría imposible mantener este segundo esquema considerando la verdad como algo fijo, estático y preestablecido, propio de las sociedades estáticas o de la primera industrialización.

Lo anterior supondría que, al no resultar del todo viables ninguno de los dos esquemas propuestos por los documentos institucionales, en especial, el documento *La pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico*, se hace necesaria la creación de un tercer esquema en el que quede de manifiesto lo que sería una manera de responder a la situación actual que estamos comenzando a vivir y que redundaría en una profunda crisis axiológica que requiere de hombres y mujeres capaces de responder a ella. ¿Cómo se configurará ese nuevo esquema?, ¿Cuáles serían sus elementos constitutivos? Estas preguntas nos abren un interesante e importante campo de indagación que se tiene que llevar a cabo de una manera interdisciplinar y en dinámica creativa en la que estén involucradas distintas áreas y departamentos de nuestra institución.

La creación del tercer esquema o modelo deberá facilitar el desarrollo y aplicación de eso que nos es propio como institución y que nos identificaría: la Pedagogía Ignaciana mediante el proceso que nos marca el Paradigma Pedagógico Ignaciano.

El Paradigma Pedagógico Ignaciano

A partir del trabajo que se ha realizado a nivel institucional, tanto en la Orden como en las diferentes instancias e instituciones educativas, se ha establecido como un método de desarrollo y aplicación de la PI el llamado Paradigma Pedagógico Ignaciano³ (PPI) que está constituido por cinco momentos que interactúan entre sí de una manera continua.

Los cinco momentos del PPI son: La contextualización, la experiencia, la reflexión, la acción y la evaluación.

La contextualización consistiría, siguiendo a Vázquez, “en situar en su circunstancia al sujeto (el alumno en este caso) y aquel aspecto de la realidad que se quiere experimentar, conocer, apropiarse o transformar” (Vázquez C., 2006); el momento de la experiencia, siguiendo en este caso a

3 No discutiremos el término Paradigma, sino que lo tomamos tal y como lo maneja el documento.

Klein L. F., lo entenderíamos como *“el contacto directo e inmediato del alumno con el objeto de conocimiento que debe ser descubierto o construido considerando todo su ser por medio de: sus sentidos, imaginación, sentimientos, voluntad etc.”*; el momento de relexión, siguiendo a Klein de nuevo, como: *“el esfuerzo que hace el alumno por indagar el significado, la importancia y las implicaciones de lo que está trabajando y experimentando en relación con el tema de aprendizaje”*; en lo relacionado con el momento de la acción nos apoyaríamos de nuevo en Vásquez C. quien lo propone como *“la manifestación operativa de una decisión libremente asumida para la transformación de la persona y de la realidad institucional y social en que se vive...”*; y el momento de la evaluación lo entenderíamos de nuevo como Klein lo propone: *“la toma de conciencia de profesor y alumno (o del grupo) del proceso y progreso que están realizando en la adquisición (construcción) del conocimiento”*⁴

Nuestra hipótesis es que una adecuada implementación de la PI mediante la puesta en práctica del PPI, puede ayudar de manera importante al cultivo de la CH y CHP en el salón de clase, en el laboratorio o en el campo; y que esto puede llevarse a cabo a partir del mismo currículo profesional, combinando así el proceso de construcción y/o apropiación del conocimiento con el de desarrollo de la cualidad humana. Y es por eso que trabajamos en proponer a nuestra universidad un trabajo permanente de investigación de la propuesta educativa institucional, es decir, la pedagogía ignaciana: su conocimiento por parte del personal tanto docente como administrativo y, por supuesto, de parte de los alumnos de manera se logre formar una comunidad educativa de la que todos se sientan y sean parte de un proyecto común.

Esta propuesta incluye también la indagación constante respecto a su implementación y la calidad de la misma cuidando de que esto no derive en algo persecutorio, sino que sea conocido como un proyecto al que cada uno acepta adherirse de una manera consciente y libre.

Esto último bien puede parecer algo casi imposible de llevar a cabo dado los múltiples factores que están implicados: número de personal

4 Los paréntesis son nuestros.

y la situación concreta de cada uno de necesidad de un empleo; los recursos presupuestales que esto implicaría a nivel institucional; La feroz competencia que existe en el país y en el estado a nivel de ofertas educativas etc. Sin embargo consideramos que lo anterior deberá mantenerse: la adhesión ha de ser libre. Si esto no es posible en todos los casos, por lo menos en un número que sea capaz de dar el rumbo deseado a la labor educativa a nivel universitario. Creemos que si no es libre, entonces se sentirá como una imposición; y si se sienta así, lo más probable es que esté condenada de antemano al fracaso.

Los Ejercicios Espirituales

Ya dijimos arriba que tanto la PI como el PPI tienen sus raíces en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. En ese sentido resulta pertinente preguntarnos en qué medida la experiencia propia de los Ejercicios podría favorecer, y de qué manera, el desarrollo de la CH y de la CHP en vista a la formación de personas que construyan nuevos proyectos axiológicos, es decir, en la formación de nuestros alumnos universitarios.

Sabemos que los Ejercicios están propuestos en categorías religiosas, y que cada vez es mayor la dificultad de que una propuesta de estas características resulte atractiva para nuestros jóvenes y profesores y, al mismo tiempo, eficaz para el desarrollo de una auténtica experiencia espiritual unificadora como se requiere cada vez más en nuestras sociedades. Lo anterior abre la puerta para explorar la posibilidad de revisar los Ejercicios en vista a su adecuación teniendo las características de la época en que vivimos.

Lo anterior requeriría un trabajo conjunto de instancias universitarias con extrauniversitarias que presupone la toma de conciencia de la situación que vivimos y una auténtica disposición a realizar esta tarea sin temor y con plena confianza de que se puede extraer el vino del antiguo recipiente y ser bebido en un recipiente nuevo sin que su riqueza se vea alterada.